

STUDIA ET DOCUMENTA

RIVISTA DELL'ISTITUTO STORICO SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ

VOL. 16 – 2022

ISTITUTO STORICO SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ – ROMA

Studia et Documenta
Rivista dell'Istituto Storico San Josemaría Escrivá
Pubblicazione annuale
Volume 16, 2022

Comitato editoriale / Editorial Board

Direttore / Director:

Carlo Pioppi
(*Ist. Storico S. Josemaría Escrivá, Italia*)

Vicedirettore / Assistant Director:

Federico M. Requena
(*Università di Navarra, Spagna*)

Assistenti editoriali / Editorial assistants

María Eugenia Ossandón
(*Pont. Univ. S. Croce, Italia*)

Sezione bibliografica /

Bibliographic section:

Santiago Martínez
(*Università di Navarra, Spagna*)

Consulenti editoriali /

Editorial Consultants:

Francesc Castells
(*Arch. Gen. Prelatura dell'Opus Dei, Italia*)

Luis Cano
(*Ist. Storico S. Josemaría Escrivá, Italia*)

Alfredo Méndiz
(*Ist. Storico S. Josemaría Escrivá, Italia*)

Segretario / Editorial Secretary:

Fernando Crovetto
(*Ist. Storico S. Josemaría Escrivá, Italia*)

Amministrazione / Administration:

Javier Domingo
(*Ist. Storico S. Josemaría Escrivá, Italia*)

Comitato scientifico / Advisory Board

Constantino Áncel (CEDEJ, *Spagna*), José Andrés-Gallego (CSIC, *Spagna*), Antonio Aranda (Università di Navarra, *Spagna*), María Antonia Bel Bravo (Università di Jaén, *Spagna*), Jaume Aurell (Università di Navarra, *Spagna*), John Coverdale (Seton Hall University, *Stati Uniti*), Onésimo Díaz (Università di Navarra, *Spagna*), Álvaro Ferrary (Università di Navarra, *Spagna*), Johannes Grohe (Pontificia Università della Santa Croce, *Italia*), José Luis Illanes (Istituto Storico San Josemaría Escrivá, *Italia*), Mercedes Montero (Università di Navarra, *Spagna*), Lucina Moreno (Università Panamericana, *Messico*), Pablo Pérez López (Università di Navarra, *Spagna*), Pedro Rodríguez (Università di Navarra, *Spagna*), Josep-Ignasi Saranyana (Pontificio Comitato di Scienze Storiche, *Città del Vaticano*), Adelaida Sagarra (Università di Burgos, *Spagna*), Barbara Schellenberger (Joseph-Kuhl-Gesellschaft, *Germania*).

Sommario

Mujeres del Opus Dei: consolidación en España, nuevas fronteras geográficas y vanguardias culturales

Presentación	
<i>Concepción Escrig Ferrando</i>	7
El desarrollo del Opus Dei entre las mujeres en Valencia, 1940-1975. Cronología y primera aproximación	
<i>Francisca Colomer Pellicer</i>	9
Primeros pasos en Estados Unidos: el papel de Nisa González Guzmán en los comienzos del Opus Dei (1950-1952)	
<i>Inmaculada Alva</i>	37
Mujeres del Opus Dei doctoras en Teología en las Universidades de Navarra y Pontificia de la Santa Cruz (1973-2018)	
<i>Beatriz Comella Gutiérrez</i>	61

Studi e note

Gli anni di gioventù di Josemaría Escrivá (1902-1928)	
<i>Carlo Pioppi</i>	97
«¿Conviene que me relacione con los propagandistas de Herrera?». Josemaría Escrivá y Ángel Herrera Oria en los años treinta	
<i>Fernando Crovetto</i>	125
El libro <i>menos conocido</i> de San Josemaría (<i>La abadesa de Las Huelgas</i>). Su repercusión científica	
<i>María Blanco</i>	151

El doctorado <i>honoris causa</i> del cardenal Ratzinger por la Universidad de Navarra (enero 1998) <i>Isabel Troconis</i>	209
Las <i>Preces</i> del Opus Dei: comentario histórico-teológico <i>Juan Rego Bárcena</i>	231
El sentido de la filiación divina. Reflexiones siguiendo la enseñanza de san Josemaría Escrivá <i>José Luis Illanes</i>	305

Documenti

Epistolario abad Aureli M. Escarré – san Josemaría Escrivá de Balaguer con algunas cartas relacionadas (1941-1966) <i>Josep-Ignasi Saranyana – Enric Moliné (†)</i>	329
-------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------	-----

Notiziario

Primer Congreso Internacional sobre Historia del Opus Dei	453
Un repositorio digital del Opus Dei en Chile <i>María Luisa Harrison – Catalina Tressler – María Paz Valdés</i>	456

Sezione bibliografica

Recensioni	463
Schede bibliografiche	483

Elenchi bibliografici

Bibliografía general de y sobre Josemaría Escrivá de Balaguer, 2014-2017 <i>José Mario Fernández Montes – Santiago Martínez Sánchez</i>	493
---------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------	-----

El sentido de la filiación divina. Reflexiones siguiendo la enseñanza de san Josemaría Escrivá

JOSÉ LUIS ILLANES

Abstract: *El artículo ofrece una visión panorámica, de carácter histórico-cronológico, sobre cómo las expresiones “filiación divina” y “sentido de la filiación divina” han ido apareciendo en los escritos de Josemaría Escrivá; completando la exposición con unos apartados finales en los que se exponen las líneas centrales de un análisis de carácter teológico.*

Keywords: *Filiación divina – Espiritualidad – Opus Dei – Josemaría Escrivá*

The Meaning of Divine Filiation. Reflexions on the Teachings of St. Josemaría Escrivá: *The article presents a historical and chronological overview of how the expressions “divine filiation” and “sense of divine filiation” have made their appearance in the writings of Josemaría Escrivá. The article concludes by dedicating the closing paragraphs to the key elements of a theological analysis.*

Keywords: *Divine filiation – Spirituality – Opus Dei – Josemaría Escrivá*

«Vivimos como si el Señor estuviera allá lejos, donde brillan las estrellas, y no consideramos que también está siempre a nuestro lado. Y está como un Padre amoroso –a cada uno de nosotros nos quiere más que todas las madres del mundo pueden querer a sus hijos–, ayudándonos, inspirándonos, bendiciendo... y perdonando», escribe san Josemaría Escrivá en el punto 267 de *Camino*. Y continúa, añadiendo una recomendación en tono apremiante: «Preciso es que

nos empapemos, que nos saturemos de que Padre y muy Padre nuestro es el Señor que está junto a nosotros y en los cielos»¹.

Es uno más entre los muchos textos dedicados por Escrivá a la filiación divina, aunque uno de los más significativos. No sólo porque es en sí mismo muy expresivo, sino también porque manifiesta claramente el tono vital de su enseñanza. En su predicación y en sus escritos, san Josemaría no procede como un teólogo que presenta un enunciado de fe a partir del cual desarrolla consideraciones y aplicaciones prácticas, sino que parte de la experiencia viva desde la que se eleva a la enseñanza de la fe sobre la que esa experiencia se fundamenta. Esta realidad condiciona como es lógico todo intento de analizar sus escritos y su doctrina, también, y quizás especialmente, en el tema del que vamos a ocuparnos.

Se han escrito ya muchos estudios sobre la filiación divina y el sentido de la filiación en san Josemaría². No es nuestra intención añadir un nuevo estudio, ni tampoco realizar un balance de los ya publicados, sino algo más modesto: intentar una visión panorámica, de carácter histórico-cronológico, sobre cómo las dos expresiones mencionadas en el título, “filiación divina” y “sentido de la filiación divina”, han ido apareciendo en sus escritos; completando la exposición con unos apartados finales en los que expondremos las que consideramos líneas centrales de un análisis de carácter teológico³.

¹ Sobre la génesis de este punto de *Camino*, ver Josemaría ESCRIVÁ DE BALAGUER, *Camino*, edición crítico-histórica preparada por Pedro RODRÍGUEZ, Roma-Madrid, Istituto Storico San Josemaría Escrivá – Rialp, 2004, pp. 438-439 (en adelante Camino-OC).

² Entre los estudios de conjunto sobre la filiación divina en Josemaría Escrivá, merecen especial mención: Fernando OCÁRIZ, *La filiación divina, realidad central en la vida y en la enseñanza de Mons. Escrivá de Balaguer*, en ID., *Naturaleza, gracia y gloria*, Pamplona, Eunsa, 2000, pp. 175-221 (publicado antes como artículo en «Scripta Theologica» 13 [1981], pp. 513-552); Jutta BURGGRAF, *Il senso della filiazione divina*, en *Santità e mondo. Atti del Congresso teologico di studi sugli insegnamenti del beato Josemaría Escrivá, (Roma 12-14 ottobre 1993)*, Città del Vaticano, Libreria Editrice Vaticana, 1994, pp. 85-100; Johannes STÖHR, *La vida del cristiano según el espíritu de filiación divina*, «Scripta Theologica» 24 (1992), pp. 879-893; Javier SESÉ, *La conciencia de la filiación divina, fuente de vida espiritual*, en «Scripta Theologica» 31 (1999), pp. 471-493; Ernst BURKHART – Javier LÓPEZ, *Vida cristiana y santidad en la enseñanza de San Josemaría. Estudio de teología espiritual*, vol. II, Madrid, Rialp, 2011, pp. 11-159.

³ Por nuestra parte, además de las referencias a la filiación divina según la doctrina de san Josemaría incluidas en *La santificación del trabajo* (Madrid, Palabra, primera edición 1965, décima edición ampliada 2001), hemos dedicado ya a su estudio dos artículos: *Filiación divina: ontología y vivencia existencial*, en *El Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo. Actas del XX Simposio Internacional de Teología, Facultad de Teología, Universidad de Navarra*, Pamplona, Eunsa, 2000, pp. 537-545, y *Experiencia cristiana y sentido de la filiación divina en san Josemaría Escrivá de Balaguer*, PATH 7 (2008), pp. 461-475. En la presente exposición hemos tenido en cuenta esos dos artículos, en ocasiones retomando incluso algunos pasajes, aunque revisándolos y completándolos.

LA FILIACIÓN DIVINA EN LA EXPERIENCIA ESPIRITUAL DE JOSEMARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER (1931)

Con frecuencia, al evocar los sucesos que grabaron en su alma lo que designó con la expresión “sentido de la filiación divina” y le llevaron a colocar ahí el fundamento de su vida espiritual y la de los que le siguieran (es decir, los miembros del Opus Dei), san Josemaría comenzaba evocando la formación cristiana y la vida de piedad que había aprendido en el hogar de sus padres. Fue allí donde aprendió a rezar el Padrenuestro, donde supo que Dios es nuestro Padre, y donde comenzó a tratarle con la familiaridad, la sencillez y la confianza que son propias del cristiano. Pero su honda conciencia de la paternidad de Dios y de nuestra relación filial con Él no se imprimió en su alma como fruto de una reflexión sobre la catequesis recibida, sino como consecuencia de una experiencia espiritual que alcanzó su culmen en 1931, cuando ya tenía treinta años. Y en el seno de lo que venía siendo, desde 1928, el acontecimiento en torno al que giraba –y continuó girando– toda su vida.

La historia que condujo de forma inmediata a esas experiencias se inicia en el invierno de 1918⁴. Josemaría Escrivá vivía entonces en la ciudad de Logroño, a la que su familia, dejando Barbastro, se había trasladado unos años antes. Ese invierno fue particularmente frío. Una capa de nieve cubría las calles. En un momento en que salió de su casa, Escrivá vio las huellas de unos pies descalzos caminando sobre la nieve⁵, que le impresionaron vivamente. “Si alguien puede soportar ese frío por amor a Cristo, ¿yo qué debo hacer?”, se dijo a sí mismo. Después de un periodo de reflexión, tomó una decisión firme: hacerse sacerdote, ya que ése le pareció el camino más indicado a fin de estar disponible para lo que Dios quisiera de él.

La respuesta a la pregunta implícita en esa decisión la recibió diez años más tarde, el 2 de octubre de 1928, siendo ya sacerdote y residiendo en Madrid. Ese día comprendió que su vocación consistía en difundir entre cristianos corrientes, dedicados en medio del mundo a las comunes tareas humanas, la plena conciencia de lo que implica ser cristiano, y que promoviera una institución, a la que acabó llamando Opus Dei, formada por personas dedicadas a las profesiones más diversas y provenientes de todos los países, que se comprometieran a vivir según esa llamada y ese espíritu, difundiendo así, mediante el testimonio y la palabra, la llamada universal a la santidad y al apostolado⁶.

⁴ Para lo que sigue, y otros sucesos posteriores, remitimos a las biografías ya publicadas, y especialmente a la más amplia y completa: Andrés VÁZQUEZ DE PRADA, *El Fundador del Opus Dei. Vida de Josemaría Escrivá de Balaguer*, 3. vols., Madrid, Rialp, 1997-2003, vol. I (en adelante VdP).

⁵ Esas pisadas eran de un fraile carmelita.

⁶ Sobre el 2 de octubre de 1928, remitimos a VdP, vol. I, pp. 288-298 y a lo que nosotros mismos hemos escrito en *Dos de octubre de 1928: alcance y significado de una fecha*, «Scripta Theologica»

El mensaje y la misión fundacionales estuvieron claros desde el 2 de octubre de 1928. Quedaba claro a la vez que la misión que se le encomendaba reclamaba una tarea inmensa: no sólo crear un lenguaje –la llamada universal a la santidad y al apostolado no era en aquellos años claramente percibida–, sino además articular un itinerario espiritual, un estilo apostólico, un modo de vivir, etc., plenamente adecuados a la llamada a la santidad en medio del mundo. No sin un cierto temor, pero sobre todo con una gran fe, se enfrentó a esa tarea el joven sacerdote que era entonces Josemaría Escrivá, iniciando así un periplo en el que no le faltaron luces particulares.

Una de esas luces tuvo lugar el 14 de febrero de 1930. Ese día mientras celebraba la Misa percibió con claridad que del Opus Dei deberían formar parte no sólo varones, como había pensado hasta entonces, sino también mujeres. Asimismo comprendió que debía superar la resistencia que experimentaba ante la idea dar vida a una nueva fundación (pues ya había, según su opinión, demasiadas fundaciones), y en consecuencia suspender todo intento de averiguar si existía ya alguna institución que correspondiera a lo que había visto para, si ese fuera el caso, colaborar con ella. Ese 14 de febrero de 1930 entendió que debía abandonar toda investigación en esa línea y lanzarse con energía a la promoción de una realidad nueva⁷.

Así lo hizo. La tarea no era fácil. Habló con bastantes personas, seculares y sacerdotes, presentándoles con singular vibración los horizontes que abría la misión que Dios le confiaba: cristianos y cristianas de las más diversas naciones, decididos a santificar su vida ordinaria y a comunicar ese afán a cuantos les rodearan. Sus palabras encontraban eco, pero fueron muy pocos –apenas tres o cuatro– que, en esos primeros tiempos, se comprometieron firmemente a compartir ese ideal. «Las almas se escapaban como anguilas», comentó en alguna ocasión.

Año y medio después del 14 de febrero de 1930, concretamente el 7 de agosto de 1931, vivió una experiencia importante en su espíritu. Ese día se celebraba en la diócesis de Madrid la fiesta de la Transfiguración del Señor. Durante la celebración de la Eucaristía, unas palabras de Jesús vinieron a su mente con una fuerza y una luz nuevas. Completamos la narración con las palabras con que el propio san Josemaría la consignó en sus *Apuntes íntimos*⁸: «En el momento de alzar la Sagrada Hostia, sin perder el debido recogimiento, sin distraerme [...]

13 (1981), pp. 411-451 (recogido en José Luis ILLANES, *Existencia cristiana y mundo. Jalones para una reflexión teológica sobre el Opus Dei*, Pamplona, Eunsa, 2003, pp. 51-98). Para una visión de conjunto de los momentos esenciales del proceso de fundación del Opus Dei, ver Antonio ARANDA, *Fundación del Opus Dei*, en José Luis ILLANES (coord.), *Diccionario de San Josemaría Escrivá de Balaguer*, Roma-Burgos, Istituto Storico San Josemaría Escrivá – Monte Carmelo, 2013, pp. 552-561 (en adelante DSJ).

⁷ Cfr. VdP, vol. I, pp. 315-324, así como Francisca RODRÍGUEZ QUIROGA, *14 de febrero de 1930: la transmisión de un acontecimiento y un mensaje*, SetD 1 (2007), pp. 163-189.

⁸ Sobre los *Apuntes íntimos*, ver Pedro RODRÍGUEZ, *Apuntes íntimos*, en DSJ, pp. 131-135.

vino a mi entendimiento, con fuerza y claridad extraordinarias, aquello de la Escritura *si exaltatus fuero a terra omnia traham ad me ipsum* (Ioann 12, 32). Y comprendí que serán los hombres y mujeres de Dios, quienes levantarán la Cruz con las doctrinas de Cristo sobre el pináculo de toda actividad humana... Y vi triunfar al Señor atrayendo a Sí todas las cosas»⁹.

En un texto posterior, en una de sus *Cartas*, evocaba su emoción al “sentir dentro de su alma esa locución divina”. Y añadía que, a la vez, percibió con claridad la significación que Cristo quería dar, en ese momento, a las palabras de la Escritura. No ya anunciar su muerte en la Cruz, sino, presuponiendo esa muerte y la glorificación que la acompaña, convocar a todos los cristianos a participar en su misión redentora¹⁰. Entendió, en suma, claramente que, a través de esas palabras del Evangelio de san Juan, Cristo quería recordarle, y recordar a todos los cristianos, y en particular a los cristianos corrientes, hombres y mujeres que trabajan en medio del mundo, que con sus vidas, con su ejemplo y con su palabra debían colocar a Jesucristo en la cumbre de todas las actividades humanas, pequeñas o grandes, brillantes o anodinas, que les correspondiera desarrollar¹¹.

Unas semanas después, en septiembre de 1931, tuvieron lugar dos acontecimientos que se grabaron en su alma y reforzaron esa conciencia viva de la paternidad de Dios a la que designó con las palabras “sentido de la filiación divina”. El contexto inmediato no fue, en estas dos ocasiones, una celebración litúrgica, sino una oración intensa que brotó en su alma mientras caminaba por las calles de Madrid. Citemos las palabras textuales con las que las consignó en sus *Apuntes íntimos*:

Estuve considerando las bondades de Dios conmigo y, lleno de gozo interior, hubiera gritado por la calle, para que todo el mundo se enterara de mi agradecimiento filial: ¡Padre, Padre! Y –si no gritando– por lo bajo, anduve llamándole así (¡Padre!) muchas veces, seguro de agradarle¹².

Día de Santa Eduvigis 1931: Quise hacer oración, después de la Misa, en la quietud de mi iglesia. No lo conseguí. En Atocha, compré un periódico (el A.B.C.) y tomé el tranvía. A estas horas, al escribir esto, no he podido leer más que un párrafo del diario. Sentí afluir la oración de afectos, copiosa y ardiente. Así estuve en el tranvía y hasta mi casa. Esto que hago, esta nota, realmente, es

⁹ *Apuntes íntimos*, n. 217.

¹⁰ Cfr. Josemaría ESCRIVÁ DE BALAGUER, *Carta* n. 3, en ID., *Cartas* (I), edición crítica y anotada, preparada por Luis CANO, Colección de Obras Completas de Josemaría Escrivá, Istituto Storico San Josemaría Escrivá – Rialp, Roma-Madrid, 2020, pp. 162-163. Sobre las *Cartas* y su datación, con frecuencia en parte simbólica, ver José Luis ILLANES, *Cartas*, en DSJ, pp. 204-211.

¹¹ Un estudio detenido de esta experiencia espiritual en Pedro RODRÍGUEZ, “*Omnia traham ad meipsum*”. *El sentido de Juan 12, 32 en la experiencia espiritual de Mons. Escrivá de Balaguer*, «Romana» 7 (1991), pp. 331-352 (versión italiana, ampliada, en «*Annales Theologici*» 6 [1992], pp. 5-34).

¹² Anotación en sus *Apuntes íntimos*, 22 de septiembre de 1931, n. 296. Este texto, como el que sigue y otros de ese mismo periodo que citaremos después, se encuentran, contextualizados históricamente, en la biografía antes citada, VdP, vol. I, pp. 387-392.

una continuación, sólo interrumpida para cambiar dos palabras con los míos –que no saben hablar más que de la cuestión religiosa– y para besar muchas veces a mi Virgen de los Besos y a nuestro Niño¹³.

Esos dos pasajes de los *Apuntes íntimos* reflejan la hondura de la experiencia espiritual acontecida. Ambos tienen un alcance y un contenido idénticos, pero no faltan matices. El primero destaca la afirmación de la alegría y del gozo, que derivan de una profunda conciencia de la paternidad divina. En el segundo está presente esa misma alegría, pero su trasfondo deja percibir que Josemaría Escrivá atravesaba en esos meses del año 1931 momentos difíciles. La dura situación de la Iglesia en España, presidida por un gobierno de orientación laicista y anticatólica; cambios en su labor pastoral; el hecho de que continuara sin resolverse la cuestión de su incardinación en la diócesis de Madrid, con la incertidumbre sobre el futuro que de ahí derivaba; la penuria económica (después de la muerte de su padre en 1925, toda la familia –su madre y sus dos hermanos– dependía de él en todos los aspectos)... daban lugar a una situación de inquietud y de zozobra que le impulsaban a confiar por entero en Dios.

La narración contenida en los *Apuntes íntimos* pone a la vez de manifiesto que la profundización de Escrivá de Balaguer en la paternidad divina estuvo unida a una análoga profundización en la unión con Cristo y en la participación en su misión redentora. Así lo comentaba él mismo en una meditación predicada en 1963, en la que rememora los sucesos del otoño de 1931 con estas palabras:

Cuando el Señor me daba aquellos golpes, por el año treinta y uno, yo no entendía. Y de pronto, en medio de aquella amargura tan grande, esas palabras: “Tú eres mi hijo” (*Sal 2, 7*), tú eres Cristo. Y yo sólo sabía repetir “Abba, Pater!; Abba, Pater!; Abba!; Abba!; Abba!”. Tú has hecho, Señor, que yo entendiera que tener la Cruz es encontrar la felicidad, la alegría. Y la razón –lo veo con más claridad que nunca– es ésta: tener la Cruz es identificarse con Cristo, es ser Cristo, y, por eso, ser hijo de Dios¹⁴.

Con palabras parecidas pero añadiendo otros detalles, lo reitera en una de sus *Cartas*:

¹³ *Apuntes íntimos*, 16 de octubre de 1931, n. 334. La Virgen de los Besos era una imagen de Nuestra Señora que tenía en su habitación y que solía besar al entrar o salir del cuarto. La expresión “nuestro Niño”, obviamente el Niño Jesús, alude probablemente a una imagen de Jesús niño conservada por las monjas agustinas del Convento de Santa Isabel, a las que atendía; se trata de una imagen que representa a Jesús niño con los brazos cruzados sobre el pecho, que, al manifestar de forma plástica la realidad de un Dios que se hace pequeño y aspira a recibir cariño y consuelo, conmovió profundamente a san Josemaría.

¹⁴ *Apuntes de una meditación del 28 de abril de 1963* (AGP, P01, diciembre de 1963, pp. 12-13).

Sentí la acción del Señor, que hacía germinar en mi corazón y en mis labios, con la fuerza de algo imperiosamente necesario, esta tierna invocación: *Abba! Pater!* Estaba yo en la calle, en un tranvía [...]. Probablemente hice aquella oración en voz alta. Y anduve por las calles de Madrid, quizá una hora, quizá dos, no lo puedo decir, el tiempo se pasó sin sentirlo. Me debieron tomar por loco. Estuve contemplando con luces que no eran mías esa asombrosa verdad, que quedó encendida como una brasa en mi alma, para no apagarse nunca¹⁵.

“Para no apagarse nunca”. No fue una emoción transitoria, sino una luz que le hizo comprender, de forma existencial y concreta, la fuerza y el valor de la fe, y le movió a apoyarse en todo y para todo en la paternidad de Dios. Y que, dando un paso más, le llevó a percibir que esa actitud espiritual estaba llamada a informar no sólo su propia vida, sino la vida de todos los miembros del Opus Dei.

En los pasajes de *Apuntes íntimos* en los que describe los sucesos de septiembre y octubre de 1931, Josemaría Escrivá no hace referencia a la experiencia espiritual del 7 de agosto. Contemplando esos hechos desde la distancia que implica el paso del tiempo, la conexión parece clara. El *exaltatus fuero a terra* del 7 de agosto había confirmado, una vez más y con especial fuerza, la luz del 2 de octubre, la perspectiva de una honda labor apostólica entre cristianos corrientes de todos los países y condiciones, moviéndolos a santificar su vida ordinaria y a llamar a otros a seguir ese mismo camino. Los sucesos del otoño de 1931 completaban ese mensaje poniendo de manifiesto el temple de alma, la actitud de espíritu, con que debía afrontarse esa misión.

A partir de entonces afirmó decididamente que «la filiación divina es el fundamento del espíritu del Opus Dei»¹⁶. Y el sentido de la filiación divina, la conciencia viva de la paternidad de Dios y la confianza plena en Él en todo momento y en toda situación, ocuparon un lugar de primer plano en su predicación y en sus escritos.

LA FILIACIÓN DIVINA EN LOS PRIMEROS ESCRITOS DE JOSEMARÍA ESCRIVÁ (1932-1939)

En diciembre de 1931 san Josemaría redactó la versión original de la primera de sus obras: *Santo Rosario*, hondamente inspirado en el trato filial con Santa María de modo que por María se llegara a Jesús, y en Jesús se encontrara a Dios Padre. Poco después, en enero o febrero de 1932, decidió publicarla para

¹⁵ *Carta 9-I-1969*, n. 60, cit. en VdP, vol. I, pp. 389-390.

¹⁶ Josemaría ESCRIVÁ DE BALAGUER, *Es Cristo que pasa*, edición crítico-histórica preparada por Antonio ARANDA, Roma-Madrid, Istituto Storico San Josemaría Escrivá – Rialp, 2013 (en adelante ECqp-OC), n. 64b, p. 411.

que le sirviera de apoyo en su labor apostólica con los jóvenes a los que trataba. Esa primera edición, muy modesta, fue realizada a velógrafo, una multicopista de alcohol en uso en aquella época.

En diciembre de ese mismo año publicó, también a velógrafo, *Consideraciones espirituales* que, con añadidos y cambios estructurales, terminó dando origen, en 1939, a *Camino*, uno de sus libros más importantes. Esta obra está jalonada, desde el principio al final, por referencias a “nuestro Padre-Dios” (escrito así, con un guion que convierte las dos palabras en una sola) y por exhortaciones a reaccionar como corresponde a quien se sabe hijo de Dios en los contextos más variados: desde la invitación a tomar conciencia de la cercanía de Dios y a vivir en diálogo constante con Él hasta la audacia en la acción apostólica, la confianza en el auxilio o en el perdón divinos, la generosidad en la entrega, la fraternidad, la alegría...

Reproduzcamos, a modo de ejemplo –y no sin introducir algunos retoques–, el florilegio de citas de *Camino* que ofrecimos hace ya algunos años en la revista de la Pontificia Academia de Teología¹⁷, haciendo notar que, si se tuvieran en cuenta los puntos de *Camino* en cuya redacción afloran sentimientos filiales, se debería reproducir casi toda la obra:

—filiación divina y toma de conciencia de la grandeza de la vocación cristiana: Padre –me decía aquel muchachote (¿qué habrá sido de él?), buen estudiante de la Central–, pensaba en lo que usted me dijo... ¡que soy hijo de Dios!, y me sorprendí por la calle, “engallado” el cuerpo y soberbio por dentro... ¡hijo de Dios! Le aconsejé, con segura conciencia, fomentar la “soberbia” (n. 274; ver también nn. 892 y 919).

—filiación divina y conciencia de la cercanía amorosa de Dios: Es preciso convencerse de que Dios está junto a nosotros de continuo. –Vivimos como si el Señor estuviera allá lejos, donde brillan las estrellas, y no consideramos que también está siempre a nuestro lado. Y está como un Padre amoroso –a cada uno de nosotros nos quiere más que todas las madres del mundo pueden querer a sus hijos–, ayudándonos, inspirándonos, bendiciendo... y perdonando. [...] Preciso es que nos empapemos, que nos saturemos de que Padre y muy Padre nuestro es el Señor que está junto a nosotros y en los cielos (n. 267; ver también nn. 93, 246, 880 y 884).

—filiación divina y diálogo constante con Dios: Nuestra voluntad, con la gracia, es omnipotente delante de Dios. –Así, a la vista de tantas ofensas para el Señor, si decimos a Jesús con voluntad eficaz, al ir en el tranvía por ejemplo: “Dios mío, querría hacer tantos actos de amor y de desagravio como vueltas da cada rueda de este coche”, en aquel mismo instante delante de Jesús realmente le hemos amado y desagraviado según era nuestro deseo.

¹⁷ Cfr. ILLANES, *Experiencia*, pp. 461-475.

Esta “bobería” no se sale de la infancia espiritual: es el diálogo eterno entre el niño inocente y el padre chiflado por su hijo: –¿Cuánto me quieres? ¡Dilo! –Y el pequeñín silabea: ¡Muchos millones! (n. 897; ver también n. 115, así como varios de los números que citamos a continuación y el 267, recién reproducido).

—filiación divina, y perseverancia sencilla y confiada en los tiempos dedicados a la oración:

Te distraes en la oración. –Procura evitar las distracciones, pero no te preocupes, si, a pesar de todo, sigues distraído. ¿No ves cómo, en la vida natural, hasta los niños más discretos se entretienen y divierten con lo que les rodea, sin atender muchas veces los razonamientos de su padre? –Esto no implica falta de amor, ni de respeto: es la miseria y pequeñez propias del hijo. Pues, mira: tú eres un niño delante de Dios (n. 890).

—filiación divina, fuente de alegría, también en los momentos de prueba: «La alegría que debes tener no es esa que podríamos llamar fisiológica, de animal sano, sino otra sobrenatural, que procede de abandonar todo y abandonarte en los brazos amorosos de nuestro Padre-Dios» (n. 659). «La prueba esta vez es larga. –Quizá –y sin quizá– no la llevaste bien hasta aquí... porque aún buscabas consuelos humanos. –Y tu Padre-Dios los arrancó de cuajo para que no tengas más asidero que Él» (n. 722).

—filiación divina y confianza plena en Dios:

«Delante de Dios, que es Eterno, tú eres un niño más chico que, delante de ti, un pequeño de dos años. Y, además de niño, eres hijo de Dios. –No lo olvides» (n. 860). «¡Qué buena cosa es ser niño! –Cuando un hombre solicita un favor, es menester que a la solicitud acompañe la hoja de sus méritos. Cuando el que pide es un chiquitín –como los niños no tienen méritos–, basta con que diga: soy hijo de Fulano. ¡Ah, Señor! –díselo ¡con toda tu alma! –, yo soy... ¡hijo de Dios!» (n. 892; ver también nn. 864, 867 y 870).

—filiación divina, sencillez y generosidad en la entrega:

«No te apures, si te enfadas, cuando haces esas pequeñas cosas que Él te pide. –Ya llegarás a sonreír... ¿No ves con qué mala gana da el niño sencillo a su padre, que le prueba, la golosina que tenía en sus manos? –Pero, se la da: ha vencido el amor» (n. 881). «Sufres en esta vida de aquí..., que es un sueño... corto. –Alégrate: porque te quiere mucho tu Padre-Dios, y, si no pones obstáculos, tras este sueño malo, te dará un buen despertar» (n. 692; ver también n. 669).

—filiación divina e invitación a comportarse como hijo de Dios:

Los hijos... ¡Cómo procuran comportarse dignamente cuando están delante de sus padres! Y los hijos de Reyes, delante de su padre el Rey, ¡cómo procuran guardar la dignidad de la realeza! Y tú... ¿no sabes que estás siempre delante del Gran Rey, tu Padre-Dios? (n. 265).

- filiación divina y decisión en la acción apostólica
«¡Dios y audacia! –La audacia no es imprudencia. –La audacia no es osadía» (n. 401). «Al quererte apóstol, te ha recordado el Señor, para que nunca lo olvides, que eres, “hijo de Dios”» (n. 919) «¿Que en el hacimiento de gracias después de la Comunión lo primero que acude a tus labios, sin poderlo remediar, es la petición...: Jesús, dame esto: Jesús, esa alma: Jesús, aquella empresa? No te preocupes ni te violentes: ¿no ves cómo, siendo el padre bueno y el hijo niño sencillo y audaz, el pequeñín mete las manos en el bolsillo de su padre, en busca de golosinas, antes de darle el beso de bienvenida? –Entonces...» (n. 896).

- filiación divina, fundamento de la fraternidad:
Distraerte. –¡Necesitas distraerte!..., abriendo mucho tus ojos para que entren bien las imágenes de las cosas, o cerrándolos casi, por exigencias de tu miopía... ¡Ciérralos del todo!: ten vida interior, y verás, con color y relieve insospechados, las maravillas de un mundo mejor, de un mundo nuevo: y tratarás a Dios..., y conocerás tu miseria..., y te endiosarás... con un endiosamiento que, al acercarte a tu Padre, te hará más hermano de tus hermanos los hombres (n. 283; ver también n. 440).

- filiación divina y confianza en la misericordia y el perdón de Dios:
«Estás lleno de miserias. –Cada día las ves más claras. –Pero no te asusten. –Él sabe bien que no puedes dar más fruto. Tus caídas involuntarias –caídas de niño– hacen que tu Padre-Dios tenga más cuidado y que tu Madre María no te suelte de su mano amorosa: aprovéchate, y, al cogerte el Señor a diario del suelo, abrázale con todas tus fuerzas y pon tu cabeza miserable sobre su pecho abierto, para que acaben de enloquecerte los latidos de su Corazón amabilísimo» (n. 884; ver también n. 887).

- filiación divina, realidad que excluye todo temor:
No tengas miedo a la muerte. –Acéptala, desde ahora, generosamente..., cuando Dios quiera..., como Dios quiera..., donde Dios quiera. –No lo dudes: vendrá en el tiempo, en el lugar y del modo que más convenga..., enviada por tu Padre-Dios. –¡Bienvenida sea nuestra hermana la muerte! (n. 739; ver también n. 746, así como nn. 326 y 435, en los que subraya que ante Dios no cabe temor en sentido propio, sino sólo “temor filial”, es decir, el deseo de no ofenderle jamás).

A MODO DE PARÉNTESIS: NOTAS PARA UNA CONSIDERACIÓN TEOLÓGICA DE LA FILIACIÓN DIVINA

Las palabras con las que san Josemaría describe en sus *Apuntes íntimos* las experiencias de septiembre de 1931 ponen de manifiesto que las luces entonces recibidas no fueron un aerolito que cae sobre una tierra que le es ajena: encon-

traron, en efecto, un alma preparada para recibirlas. La amplitud y variedad de los contextos en sus primeros escritos que hacen referencia a la consideración de Dios como Padre y a la del cristiano como hijo de Dios, confirman esa realidad y muestran que la oración que la había precedido continuó desarrollándose y completándose en años posteriores.

Hubo, ciertamente, una novedad en el otoño de 1931: la fuerza de una luz que grabó en su alma la afirmación de la filiación divina hasta hacer de su consideración el fundamento de la vida espiritual. Pero hubo a la vez una continuidad con la doctrina predicada por la Iglesia sobre la condición del cristiano como hijo de Dios con la que había nutrido su oración y con la que continuó nutriéndose en el futuro. Y esto aconseja, a nuestro juicio, que antes de seguir adelante abramos un paréntesis de carácter teológico, para exponer, aunque sea de forma somera, las líneas estructurales de esa doctrina.

Señalemos ante todo que la profundización teológica en la comprensión de la filiación divina del cristiano reclama dirigir la atención a tres dogmas fundamentales: la creación, la llamada dirigida al hombre a entrar en comunión con Dios, y, finalmente, la encarnación de la segunda persona de la santísima Trinidad.

«En el principio creó Dios el cielo y la tierra»¹⁸. Con estas palabras inicia el *Génesis* la narración de la creación del universo. En el principio: es decir, en el instante mismo en que el universo, y con él el espacio y el tiempo, comenzaron a ser; en el instante mismo en que la palabra omnipotente de Dios sacó de la nada, de donde nada existía, el universo entero, dotándolo de una densidad y de una energía que –mantenidas por Dios en el ser– le han permitido evolucionar y desarrollarse.

No es, sin embargo, la omnipotencia divina la realidad que ahora debemos subrayar, sino más bien las diferencias de tono que se advierten a lo largo de este primer capítulo del *Génesis*. En los primeros versículos el autor sagrado destaca el poder que posee la palabra divina, a la que sigue sin solución de continuidad la aparición de cuanto evoca: «Que haya luz. Y hubo luz... Que se reúnan las aguas de debajo del cielo en un solo lugar, y aparezca la tierra. Y así fue». Al progresar la narración y mediar el día sexto, el tono cambia. El pasaje se inicia con un plural mayestático, “Hagamos”, al que sigue la enunciación de lo decidido: «Hagamos al hombre a nuestra imagen, según nuestra semejanza [...]. Y creó Dios al hombre a su imagen, a imagen de Dios lo creó; varón y mujer los creó»¹⁹.

El ser humano no es un elemento más de los innumerables que constituyen el universo. No surge como consecuencia del despliegue de energías y leyes impersonales. No es un ser arrojado a la existencia por el entrecruzarse arbitrario del azar y la necesidad. Ni tampoco una partícula desgajada de la divi-

¹⁸ Gn 1,1.

¹⁹ Gn 1,26-27.

nidad, destinada, una vez recorrido su ciclo, a volver a esa unidad de la que partió y diluirse en ella. Es un ser concreto, traído a este mundo, llamado a este mundo, por un amor que le antecede. Ciertamente el amor de los padres, pero sobre todo, asumiéndolo (o, eventualmente, supliéndolo), el de Dios, que rige y gobierna la totalidad del acontecer, otorga a cada ser humano inteligencia y voluntad, y abre ante él horizontes de eternidad.

Dotado de inteligencia, el ser humano tiene conciencia de sí y de cuanto le rodea. Se percibe como un “yo” al que circundan no sólo seres impersonales, sino también otros seres capaces, como él, de pronunciar un “yo” o un “tú”, con los que puede entablar relación. Y, yendo más allá, como un ser que puede trascender su entorno hasta elevarse a la afirmación de un Ser supremo del que todo depende, también su propio destino. Es decir, de Dios.

Desde una perspectiva antropológica, el dogma cristiano de la creación implica, entre otras cosas, afirmar que el hombre puede afrontar la existencia confiando en la bondad divina, dirigiéndose a Dios con actitud no sólo de adoración y de reverencia, sino también de impetración y de esperanza. Más concretamente, de confianza en una omnipotencia que Dios ha puesto al servicio de su amor. En otras palabras, el dogma de la creación conduce a la afirmación de una paternidad divina, entendida como cuidado amoroso de Dios hacia el hombre.

Pero hay más: Dios ha intervenido en la historia. En el capítulo doce del *Génesis* se narra que Dios se dirigió a Abraham en Ur de Caldea, y le dijo: «Vete de tu tierra y de tu patria, a la tierra que yo te mostraré; de ti haré un gran pueblo, te bendeciré [...]; en ti serán bendecidos todos los pueblos de la tierra»²⁰. El resto de los libros del Antiguo Testamento nos testimonian el amor de Dios a Israel al que guía hasta hacer de él un gran pueblo, al que perdona en sus infidelidades y socorre en sus desventuras. Al que, en suma, ama con amor de Padre.

En su predicación Jesucristo no sólo reafirma la actitud paternal de Dios respecto al ser humano, sino que lo hace con una fuerza singular. Dios –proclama– cuida no sólo del pueblo, de la colectividad, sino de cada uno de los seres humanos, con un amor paterno que llega hasta los más pequeños detalles: «si a la hierba que hoy está en el campo y mañana será cortada, así la viste Dios, ¡cuanto más a vosotros hombres de poca fe!»²¹; ya que –reitera otro texto– «hasta los cabellos de vuestra cabeza están contados»²². Y cuando los apóstoles le pidieron que les enseñase a orar, lo hizo indicando que lo hicieran acudiendo precisamente a la palabra “padre”: «Cuando oréis, decid: Padre, santificado sea tu Nombre, venga tu reino...»²³.

²⁰ Gn 12,1-3.

²¹ Mt 12,28.

²² Mt 10,30.

²³ Lc 11,1-4.

Se trata de afirmaciones que tienen un sentido entrañable y personal que van más allá de lo que encontramos en el Antiguo Testamento. Pero, si nos quedáramos ahí, no habríamos llegado al núcleo del Evangelio, puesto que no habríamos mostrado la raíz de la que procede ese modo de hablar de Jesús. Para hacerlo debemos dar un paso adelante y situarnos ante el misterio de la Encarnación, ante el «hacerse hombre el Hijo de Dios para que los hombres llegáramos a ser hijos de Dios»²⁴.

Jesucristo, que en su predicación invitó a tratar a Dios como padre y a dirigirse a Él con plena confianza, remarcó a la vez la peculiaridad de su relación con el Padre: «mi Padre y vuestro Padre, mi Dios y vuestro Dios»²⁵, afirmó en diversos momentos. Y, proclamó con tono solemne: «Nadie conoce al Padre sino el Hijo y aquel a quien el Hijo se lo quiera revelar»²⁶. Jesús es no *un hijo*, sino *el Hijo*, que tiene una relación con su Padre Dios diversa de cualquier otra. Cristo ha dado a conocer que Dios es Uno e inseparablemente Trino. Que en el seno de la divinidad hay paternidad y filiación, y que de la mutua referencia entre el Padre y el Hijo procede una tercera persona, el Espíritu Santo.

Y lo da a conocer no al modo de un profeta que, con un hablar abstracto y desencarnado, transmite una información o un mensaje, sino afirmando de sí mismo que es el Hijo. El misterio de la Trinidad y el de la Encarnación se nos revelan contemporáneamente. Es más, Jesús, que revela el misterio de la paternidad eterna de Dios y el de su propia divinidad, da también a conocer que el hombre está llamado a participar en la vida divina. Marca la singularidad de su relación con el Padre, pero a la vez invita a tratar al Padre con la intimidad con que Él mismo lo trata; a llamarle Padre, *Abbá*, con los acentos de intimidad con que Él lo hace. Y promete que, muerto y resucitado, enviará el Espíritu para que nos identifique con Él, con el Hijo, de modo que tanto el Hijo como el Padre vengan a tener en nosotros su morada²⁷.

La descripción del proceso de manifestación de la paternidad divina respecto del hombre que acabamos de realizar ha sido no solo breve sino esquemática, pero suficiente para nuestro propósito. Podemos, pues, proseguir asentando algunas proposiciones –concretamente siete– que sintetizan lo que ese proceso manifiesta e implica²⁸.

Ante todo, la densidad ontológica del vocablo “padre” aplicado a Dios. A lo largo de la historia son muchos los que han pronunciado la palabra “padre”

²⁴ SAN ATANASIO, *Oratio de Incarnatione Verbi*, 54 (PG XXV, col. 192) y *Tomus ad Antiochenos*, 7 (PG XXVI, col. 803).

²⁵ *Jn* 20,17.

²⁶ *Mt* 11,27.

²⁷ Cfr. *Jn* 14,19.20.23.

²⁸ En lo que sigue recogemos, retocadas, consideraciones en parte ya expuestas en ILLANES, *Filiación divina*, citado en la nota 2.

en referencia a la divinidad para indicar que Dios actúa respecto a los hombres *como* actúan los padres, con el cariño propio de los padres; es decir, en forma analógica e incluso metafórica. También lo hace así Jesús en algunos pasajes. Pero en otros no: Cristo nos revela que Dios no sólo *actúa como* un padre, sino que *es Padre*; que en el seno de la divinidad hay una verdadera generación: Dios, el Padre, engendra un Hijo, igual a Él, consubstancial con Él.

Al mismo tiempo –segunda proposición– el Evangelio revela que esa generación eterna se prolonga en el tiempo y en la historia. El Hijo eterno del Padre se ha hecho hombre y, haciéndose hombre, ha incorporado la humanidad a su misterio. Somos, en el Hijo, hijos del Padre. Dios no sólo actúa respecto al hombre *como* un padre, sino que *es* su Padre; Dios no sólo le otorga el ser y le protege con su providencia, sino que le comunica su vida. En suma, la paternidad de Dios respecto al hombre y la filiación del hombre respecto a Dios, trascienden lo afectivo y lo moral –el cuidado, la protección, el cariño manifestado en obras–, para situarse a nivel ontológico. Hay en Dios, digámoslo con palabras de san Josemaría, «una corriente trinitaria de amor» que llega hasta los hombres²⁹.

La filiación divina tal y como la fe cristiana la proclama es –tercera proposición– un don que brota de Dios como manifestación supremamente libre del amor divino. San Pablo, al unir en la *Carta a los Gálatas*, y en otros lugares paralelos, los vocablos “filiación” y “adopción”³⁰, marca tanto la verdad de la comunicación de vida divina a los hombres como el hecho de que esa comunicación brota de una libre donación divina. El hombre no es hijo de Dios en virtud de una exigencia de su naturaleza, sino como fruto de una adopción, es decir, de una libre decisión divina que va más allá de lo que la naturaleza reclama.

El amor de Dios –cuarta proposición– es creador. La decisión divina de adoptar al ser humano lo transforma, modificándolo y elevándolo desde el interior de su espíritu. La comunicación de Dios, siendo absolutamente gratuita, no debida, es a la vez, en virtud del don de la gracia, connatural al hombre que la recibe.

La filiación divina tal y como la fe cristiana la testimonia trasciende – quinta proposición– el nivel histórico-providencial para situarse en el metafísico, pero, al trascenderlo, no lo excluye, sino que lo reafirma. Muestra, en efecto, que el horizonte último, la razón de ser, del cuidado amoroso del hombre por parte de Dios a lo largo de la historia presente es, precisamente, la plena unión con Dios –y, en Dios, con los demás hombres– que se alcanzará en el reino de los cielos. E implica, por tanto, que ese horizonte, como todo horizonte último, revierte sobre el hoy y el ahora, sosteniendo y potenciando ese trato

²⁹ La expresión “corriente trinitaria de amor” aparece en diversos textos de san Josemaría: ECqp-OC, n. 85, p. 497; Josemaría ESCRIVÁ DE BALAGUER, *Amigos de Dios*, edición crítico-histórica preparada por Antonio ARANDA, Roma-Madrid, Istituto Storico San Josemaría Escrivá – Rialp, 2019 (AdD-OC), n. 252, p. 732.

³⁰ *Gal* 4,4-7; *Rm* 8,23; *Ef* 2,7.

personal e íntimo entre el hombre y Dios que la conciencia de la filiación divina está llamada a provocar.

La filiación divina, al igual de otras realidades cristianas –sexta proposición–, está sometida a la tensión entre el “ya” y el “todavía no”, entre el presente y la escatología. Somos hijos de Dios, pero, como dice la *Primera Carta de san Juan* en el pasaje antes mencionado, «aún no se ha manifestado lo que seremos»³¹. Ahora conocemos que somos hijos de Dios pero no en la visión, sino en la fe, en esa fe que, como señala la *Carta a los Hebreos*, es «fundamento de las cosas que se esperan, prueba de las que no se ven»³². Podemos, pues, afirmar con plena certeza que somos hijos de Dios, más aún experimentar lo que esa realidad implica, pero todavía, como dice san Pablo, «en espejo y como en enigma»³³, y por tanto, experimentando también, de un modo u otro, la limitación y la obscuridad, mejor, el claroscuro.

Somos constituidos hijos de Dios –séptima proposición– incorporándonos a Cristo; somos, según expresión clásica, “hijos en el Hijo”. La filiación divina tiene un horizonte teologal, pero también, e inseparablemente, cristológico. Somos hecho partícipes de la vida trinitaria en virtud de la acción santificadora del Espíritu Santo que, al incorporarnos a Cristo, nos abre por Cristo, con Cristo y en Cristo a la comunión con Dios Padre.

Esta radicación cristológica implica –octava y última proposición– que, en el hoy de la historia, participamos de la misión redentora de Cristo, contribuyendo así con nuestras vidas al caminar de la humanidad hacia la plenitud de los cielos. Un caminar que conoce alegrías y sinsabores, pero que, para un cristiano, está siempre iluminado por la providencia amorosa de Dios y por la victoria de Cristo que, habiendo muerto y resucitado, ha vencido a la muerte, y otorga su gracia para sacar, de la muerte, vida.

LA FILIACIÓN DIVINA EN LOS ESCRITOS DE JOSEMARÍA ESCRIVÁ POSTERIORES A 1939

Demos por concluido el parentesis teológico y dirijamos nuestra atención a los textos de san Josemaría. La consideración de la abundante predicación de Escrivá en los años que van desde 1940 hasta el momento de su muerte, es decir, 1975, así como la de los escritos que publicó durante ese tiempo, confirman lo que el texto de *Camino* ha puesto ya de manifiesto: la variedad de situaciones y actitudes que san Josemaría pone en relación con la conciencia de la paternidad

³¹ *1Jn* 3,2. Hay afirmaciones análogas en san Pablo: *1Co* 13,12.

³² *Heb* 11,1.

³³ *1Co* 13,12.

de Dios y con su correlato, la condición de hijos suyos. Desde este punto de vista un análisis detallado de esos escritos no aportaría especiales novedades, aunque añadiría nuevas situaciones, nuevas actitudes y nuevos matices.

Proceder a ese análisis, aunque no modificaría las conclusiones a las que lleva el análisis de *Camino* sería, por tanto, un empeño no exento de interés. Pero por desgracia se trata de una tarea que, hoy y ahora, no puede realizarse con pleno rigor científico-histórico. Gran parte de la predicación de san Josemaría durante esos años, sea en Roma sea con ocasión de sus viajes apostólicos a diversos países (meditaciones, homilías, charlas...), está, en efecto, todavía sin publicar. Ciertamente, está abierta la posibilidad de trabajar sobre los libros ya publicados por el fundador del Opus Dei (*Conversaciones, Es Cristo que pasa, Amigos de Dios...*), y así lo han hecho los autores de los trabajos sobre el sentido de la filiación divina según san Josemaría aparecidos hasta la fecha, de los que ya informamos al comienzo de estas páginas. Pero, para un estudio de carácter más bien histórico como el que aquí aspiramos a realizar, esa vía está también excluida, ya que no es fácil precisar la datación de parte importante de los textos incluidos en esos libros. Consideramos por eso preferible renunciar al intento, y remitir a los trabajos sobre el sentido de la filiación ya publicados, especialmente a dos de ellos: los debidos a Fernando Ocáriz y a Ernst Burkhardt y Javier López, que se recomiendan por su sistematicidad y por su mayor acceso a las fuentes.

Hay sin embargo dos puntos que no queremos dejar de mencionar. De una parte, la evolución de su lenguaje. En los textos de los años treinta, y concretamente en *Camino*, aparecen con gran frecuencia las expresiones “nuestro Padre-Dios”, “Dios es nuestro Padre”, “somos hijos de Dios” y otras similares, pero los sustantivos abstractos “paternidad” y “filiación” brillan por su ausencia³⁴. Se trata de un detalle que podría ser considerado irrelevante, porque se sitúa a un nivel lingüístico y remite a un contenido conceptual equivalente, pero no deja de ser significativo. Está además relacionado con el hecho de que, a diferencia de lo que ocurre en *Camino*, cuyo tono es exhortativo o performativo, en las meditaciones, homilías y entrevistas posteriores a los años cuarenta y cincuenta, predomina un tono expositivo.

Ese tono, y esa intención, son dos de los factores que llevaron a san Josemaría a pasar de lo implícito a lo explícito hasta llegar a los textos sintéticos que nos ofrece en sus escritos de las décadas de 1960 y 1970. Recogemos a continuación dos, que nos parecen especialmente significativos y que, al ser complementarios, nos ofrecen una visión bastante completa de su doctrina.

El primero proviene de uno de los libros hace poco mencionados, *Es Cristo que pasa*, y forma parte de una homilía dedicada a la fiesta de Cristo Rey.

³⁴ El sustantivo “filiación” aparece una vez en *Camino* (n. 955), pero referido no a Dios sino a la unidad que se debe vivir con quien hace cabeza en una institución apostólica.

Tiene acentos histórico-salvíficos. Cristo, al subir a los cielos –afirma Escrivá–, no se ha apartado de la historia, sino que sigue empeñado en la obra de la salvación de los hombres y de la creación entera; es decir, continua

de este mundo nuestro, que es bueno, porque salió bueno de las manos de Dios. Fue la ofensa de Adán, el pecado de la soberbia humana, el que rompió la armonía divina de lo creado. Pero Dios Padre –prosigue el pasaje, dando así entrada a la filiación divina–, cuando llegó la plenitud de los tiempos, envió a su Hijo Unigénito, que, por obra del Espíritu Santo, tomó carne en María siempre Virgen, para restablecer la paz, para que, redimiendo al hombre del pecado, *adoptionem filiorum reciperemus* [Gal 4, 5], fuéramos constituidos hijos de Dios, capaces de participar en la intimidad divina: para que así fuera concedido a este hombre nuevo, a esta nueva rama de los hijos de Dios [cfr. Rm 6, 4-5], liberar el universo entero del desorden, restaurando todas las cosas en Cristo [cfr. Ef 1, 9-19], que los ha reconciliado con Dios [cfr. Col 1, 20]. «A esto –concluye– hemos sido llamados los cristianos, ésa es nuestra tarea apostólica y el afán que nos debe comer el alma: lograr que sea realidad el reino de Cristo, que no haya más odios ni más crueldades, que extendamos en la tierra el bálsamo fuerte y pacífico del amor»³⁵.

Creación, llamada a la comunión con Dios, pecado y redención constituyen el trasfondo sobre el que se sitúa la realidad de la filiación divina del cristiano, que es, en consecuencia, presentada en términos de misión. Creado por Dios, el hombre es, en Cristo, hecho partícipe de la vida divina, llamado a penetrar en la intimidad divina y, en consecuencia, situado ante un horizonte de eternidad. Pero ese horizonte no separa del actuar presente, sino que revierte sobre él, impulsando a la acción de modo que el hoy y el ahora de la historia manifiesten la realidad y la fuerza de la redención operada por Cristo, y anticipen, aunque con las limitaciones propias de la condición humana, ese “bálsamo fuerte y pacífico del amor” que encontrará su plenitud en los cielos.

El segundo de los textos que hemos escogido forma parte de una meditación correspondiente al primer domingo de Cuaresma, incluida también en *Es Cristo que pasa*. El tono no es histórico-salvífico, sino más bien antropológico. San Josemaría invita ahí a sus oyentes, cristianos «plenamente metidos en su trabajo ordinario, entre los demás hombres, sus iguales», a un trato con Dios sincero y confiado. En ese contexto ofrece una visión panorámica de la plenitud de sentido que brota de la conciencia de la filiación divina.

³⁵ *Es Cristo que pasa*, n. 183. La homilía está datada el 22 de noviembre de 1970; para datos sobre la versión original y la reelaboración, que data de la década de 1960-1970, ver ECqp-OC, pp 90-929.

La filiación divina –son sus palabras– es una verdad gozosa, un misterio consolador. La filiación divina llena toda nuestra vida espiritual, porque nos enseña a tratar, a conocer, a amar a nuestro Padre del Cielo, y así colma de esperanza nuestra lucha interior, y nos da la sencillez confiada de los hijos pequeños. Más aún: precisamente porque somos hijos de Dios, esa realidad nos lleva también a contemplar con amor y con admiración todas las cosas que han salido de las manos de Dios Padre Creador. Y de este modo somos contemplativos en medio del mundo, amando al mundo³⁶.

El acento no es puesto, ahora, en la misión, sino más bien en la cercanía de Dios. La vida concreta que todo hombre está llamado a vivir implica, ciertamente, una misión. Pero, dando esa realidad por presupuesta, la atención del texto citado se dirige hacia Dios mismo, considerado no como un ser lejano del que todo proviene, sino como un Padre presente en el hoy y ahora de la historia, como un ser que nos habla a través del acontecer diario y nos invita a compartirlo con Él, de modo que, también en la vida en el mundo –en las condiciones normales del existir de los hombres–, acción, trabajo y oración se entretujan, dotando de sentido no sólo al conjunto del existir, sino a todas y cada una de nuestras acciones, de modo que, tanto las importantes, como las que se cabría calificar de pequeñas, sean vividas con conciencia de la cercanía de un Dios que tiene corazón de padre y espera ser reconocido como tal.

SENTIDO DE LA FILIACIÓN DIVINA

Las dos expresiones que hemos encontrado en los textos de san Josemaría comentados hasta ahora, “filiación divina” y “sentido de la filiación divina”, están, como es obvio, muy relacionadas entre sí, hasta el punto de que no es raro que en un mismo párrafo se pase de la una a la otra sin solución de continuidad. Esto no quita sin embargo que cada una de ellas tenga su significación propia.

La expresión “filiación divina” indica una realidad concreta: el hecho de que, como dijera san Juan en la primera de sus epístolas, el cristiano no sólo puede llamarse «hijo de Dios», sino tener conciencia de que «lo es»³⁷. La expresión “sentido de la filiación divina” remite, a su vez, a una percepción viva por parte del hombre de la realidad de su filiación a Dios; una conciencia sentida y profunda del amor de Dios, nuestro Padre, y de su cercanía.

Hasta ahora hemos hablado preferentemente de la primera de esas dos expresiones: “filiación divina”. La segunda, “sentido de la filiación divina”, ha estado

³⁶ *Es Cristo que pasa*, n. 65. La homilía está datada el 2 de marzo de 1952; para datos sobre la versión original y la reelaboración, que data de la década de 1960, ver ECqp-OC, pp. 375-380.

³⁷ *1Jn* 3,1.

siempre presente, no sólo porque a ella remite el título del presente artículo, sino porque de hecho todo cuanto hemos dicho presuponía que llegaría un momento –el actual– en el que nos ocuparíamos directamente de su caracterización.

El verbo “sentir” significa experimentar, percibir, advertir con inmediatez. El sustantivo “sentido” remite –es una de las primeras significaciones que recogen los diccionarios– a los órganos y las percepciones (vista, oído, olfato, gusto, tacto) que, al informarnos sobre las realidades materiales entre las que estamos situados, nos abren al mundo. En la lingüística se acude a ese término para indicar que hay sonidos que no son meros conglomerados de ruidos inconexos, sino unidades dotadas de orden y significación, de sentido. En otros contextos indica que un sujeto posee capacidad y destreza para moverse de forma adecuada: sentido del equilibrio, de la orientación, etc.

La expresión “sentido de la filiación divina” entronca con el segundo y el tercero de los usos de la palabra “sentido” que acabamos de mencionar. Tal y como la emplea san Josemaría indica que un sujeto ha tomado conciencia de su condición de hijo de Dios. Más concretamente, una conciencia no abstracta e impersonal (un mero saber), sino viva, que afecta y compromete a la propia persona. Entre otros posibles ejemplos, remitamos a un punto de *Camino* ya citado: «Padre –me decía aquel muchachote (¿qué habrá sido de él?), buen estudiante de la Central–, pensaba en lo que usted me dijo... ¡que soy hijo de Dios!, y me sorprendí por la calle, “engallado” el cuerpo y soberbio por dentro... ¡hijo de Dios! Le aconsejé, con segura conciencia, fomentar la “soberbia”»³⁸.

Los seres humanos, al ser engendrados, recibimos de nuestros padres cualidades y conocimiento, pero, previamente y sobre todo, la vida. Lo mismo acontece en el existir cristiano, es decir, en el existir del hombre en cuanto llamado por Dios a participar de la vida divina. La condición de hijo de Dios no remite a unos u otros aspectos del vivir, sino al vivir en su totalidad, mejor al sujeto de ese vivir considerado en la totalidad de sus dimensiones. Al hablar de sentido de la filiación divina no hacemos referencia a virtudes definidas por acciones específicas a las que impulsan y facilitan (la eficiencia y el aprovechamiento del tiempo, en el caso de la laboriosidad; la moderación en la comida, en la sobriedad; la aceptación de mandatos o consejos, en el de la obediencia, etc.), sino a una disposición general del espíritu, a una convicción y a una decisión que redundan en todos los momentos del vivir. «No podemos ser hijos de Dios sólo a ratos»³⁹, escribe san Josemaría: hemos de serlo siempre y en todo lugar. El cristiano puede y debe aspirar a que la conciencia de su filiación divina llegue a

³⁸ Camino-OC, n. 274, p. 456.

³⁹ Josemaría ESCRIVÁ DE BALAGUER, *Conversaciones con Monseñor Escrivá de Balaguer*. Edición crítico-histórica preparada por José Luis ILLANES – Alfredo MÉNDIZ, Roma-Madrid, Istituto Storico San Josemaría Escrivá – Rialp, 2012, n. 102, p. 447.

“informar la existencia entera”, a estar «presente en todos los pensamientos, en todos los deseos, en todos los afectos»⁴⁰.

“Convicción” hemos escrito, y no lo hemos hecho al azar. Para captar lo que implica el sentido de la filiación algunos autores acuden a la comparación con la virtud de la piedad y, especialmente, con el don de piedad. Sin excluir la pertinencia de esa consideración, nos parece que para ir plenamente a la raíz, hemos de partir de las realidades que san Pablo coloca en la primera de las cartas a los Corintios por encima de los «carismas mejores»⁴¹ y que la tradición teológica califica como virtudes teologales: la fe, la esperanza y la caridad. Y ante todo la fe, entendida con toda la fuerza que esa virtud teologal posee: o sea, siguiendo la reflexión agustiniana, no un simple *credere*, un simple aceptar la verdad que enuncian las palabras percibidas, sino un *credere in*: un creer que proyecta el espíritu hacia la realidad creída hasta unirse con ella; un creer, en suma, que se prolonga en esperanza y en amor.

Hablar del sentido de la filiación divina es, pues, hablar de fe en el anuncio evangélico que proclama que Dios ha querido que seamos sus hijos. Más concretamente, de una fe que, confesando con firmeza esa verdad, impulsa a asumirla hasta impregnar con ella (“empapar” dice el punto de *Camino* con el que empezábamos estas páginas) todas las potencias y, en consecuencia, la totalidad del ser y del vivir.

Una descripción acabada de las implicaciones de cuanto acabamos de asentar requeriría poner de manifiesto las actitudes que de ahí derivan, lo que, además de reiterar lo ya dicho en páginas anteriores en referencia a *Camino*, excede nuestras posibilidades tanto por su amplitud como por razones ya mencionadas al considerar el estado de las fuentes. Limitémonos, pues, a enunciar algunas –no hacerlo dejaría la exposición en lo genérico–, aunque implique repetirnos:

- conciencia viva de la cercanía de Dios; de un Dios que cuida de cada hombre con el amor con que un padre cuida de cada uno de sus hijos; y que espera de cada hombre una respuesta filial;
- vida interior, responder al amor que Dios manifiesta a los hombres con un amor total y sincero, que desemboca en un dialogo personal, íntimo, con Él, sabiendo que les escucha y les ama;
- apertura a grandes ideales y decisión, confiando en la ayuda de Dios, de asumirlos con audacia, decisión y entrega;
- abandono en las manos de Dios, aceptando en todo su voluntad, cortando con afanes y preocupaciones inútiles o desproporcionadas, y encontrando en Él la fuerza para superar el cansancio y evitar el desánimo;

⁴⁰ AdD-OC, n. 146, pp. 480-481.

⁴¹ *1Cor* 12,31.

- impulso a superar por entero el egoísmo, fomentando el amor y el espíritu de servicio a los demás hombres, reconociendo su condición de hijos de Dios y, por tanto, de hermanos;
- conciencia de la propia debilidad, y reconocimiento de los personales fallos y deficiencias, abriendo con prontitud el corazón a Dios, confiando en su misericordia y en su perdón;
- alegría en todo momento, también en las situaciones difíciles y dolorosas, sabiendo que Dios, con su amor y su omnipotencia, puede sacar, de los males, bienes.

La enumeración podría completarse, pero no parece necesario. Sí lo es, en cambio, dedicar algunas palabras a lo que podemos denominar el “dinamismo del sentido de la filiación divina”. Somos hijos de Dios, pero «aún no se ha manifestado lo que seremos»⁴², comentábamos más arriba citando la *Primera Carta de san Juan* y a fin de dar entrada a la consideración de la tensión escatológica entre el “ya” y el “todavía no” que marca la filiación divina como al conjunto de las realidades cristianas.

Completamos ese punto señalando que el intervalo de tiempo entre el ahora de nuestro existir histórico y la plenitud de la escatología no es, por lo que a la filiación divina se refiere, sólo un tiempo de espera, sino un tiempo en el que la conciencia de la cercanía amorosa y paternal de Dios y el de nuestro sentido de filiación respecto a Él deben ir informando cada vez más hondamente la experiencia espiritual. «Todos los hombres son hijos de Dios», escribe san Josemaría, para añadir enseguida: «pero un hijo puede reaccionar, frente su padre, de muchas maneras»⁴³. El sentido de la filiación divina está llamado a crecer, dando origen a una conciencia cada vez más profunda de la condición de hijos de Dios.

La consideración de los textos de san Josemaría pone de manifiesto la existencia de dos vías fundamentales para ese crecimiento. En primer lugar, la meditación no meramente intelectual sino viva de los textos de la Escritura y de la tradición espiritual testifican y glosan la paternidad de Dios respecto a los hombres. Una meditación, por tanto, que produzca maravilla ante el don recibido, y por tanto se prolongue en gratitud, en humildad, en acciones de gracias, en deseos de corresponder. Una meditación que se alimente de la contemplación de la vida y la pasión de Cristo, en la que se nos revela el extremo hasta el que llega el amor de Dios Padre hacia los hombres. Una meditación que reciba impulso de la contemplación de la vida de Jesús en Belén y en Nazaret, en la que se pone de manifiesto que los quehaceres corrientes y ordinarios pueden tener resonancias divinas. Una meditación que incluya también la consideración de

⁴² *1Jn* 3, 2. Afirmaciones análogas en san Pablo: *1Co* 13,12

⁴³ ECqp-OC, n. 64, p. 411.

Santa María, en la que se hacen patentes los acentos maternos que implica la filiación.

Pero, decíamos antes, junto a la oración hay otra vía a través de la que se progresa en el sentido de la filiación divina: nuestra misma vida, que ofrece momentos llenos de alegría interior, y otros marcados por la experiencia del dolor o del fracaso. Unos y otros deben conducir a radicarse en Dios, sea a través de la acción de gracias, pues Dios es la fuente última de todos los dones, sea, cuando es el caso, a través de la aceptación rendida de cuanto Dios quiere o permite, aunque cueste y aunque en ocasiones no se acierte a vislumbrar su razón de ser. La experiencia de san Josemaría ante los acontecimientos y situaciones que fueron el contexto de su profundización en la filiación divina en el otoño de 1931 dan buena prueba de ello.

Sea cual sea nuestra vida, y los acontecimientos que la jalonen, estamos llamados a aspirar a «ser hijos que procuran darse cuenta de que el Señor, al querernos como hijos, ha hecho que vivamos en su casa, en medio de este mundo, que seamos de su familia, que lo suyo sea nuestro y lo nuestro suyo»⁴⁴. Y esto en todo momento y en toda situación. Cerremos por eso nuestra exposición con una cita de san Josemaría, que, al evocar la vida ordinaria, hecha en gran parte de sucesos pequeños, pero abierta a aspiraciones grandes, unifica y sintetiza, en cierto modo, lo dicho hasta ahora:

Quando la fe flojea, el hombre tiende a figurarse a Dios como si estuviera lejano, sin que apenas se preocupe de sus hijos. Piensa en la religión como en algo yuxtapuesto, para cuando no queda otro remedio; espera, no se explica con qué fundamento, manifestaciones aparatosas, sucesos insólitos. Cuando la fe vibra en el alma, se descubre, en cambio, que los pasos del cristiano no se separan de la misma vida humana corriente y habitual. Y que esta santidad grande, que Dios nos reclama, se encierra aquí y ahora, en las cosas pequeñas de cada jornada⁴⁵.

José Luis Illanes. Profesor emérito de Teología Moral y Espiritual en la Facultad de Teología de la Universidad de Navarra desde 2004, de la que fue decano durante diversos años. Ha sido el primer director del Instituto Storico San Josemaría Escrivá (2001-2017). Prelado de Honor de Su Santidad y miembro de la Pontificia Academia de Teología, así como de diversas asociaciones científicas internacionales.
e-mail: jlllanes@unav.es

⁴⁴ *Ibid.*

⁴⁵ *Amigos de Dios*, n. 312, p. 869.